





La hoja de arce .....	7
El árbol de Teneré .....	19
El pez que voló en otoño .....	39
El viaje de Indira .....	51
El árbol rojo de Shila .....	85
Umang o la planta de té.....	101
El árbol y el pájaro .....	131
El árbol que leía libros .....	153

La hoja  
de arce

Sobre el puente de madera caminaba Lian Xia. Sus pasos eran cortos y la madera chirriaba levemente a su paso. A Lian Xia le recordaba al lamento de un laúd. Se quitó las horquillas del moño y la seda negra de sus cabellos se despeñó por la espalda. Aflojó el lazo del kimono y se detuvo.

Las aguas del río Chi se llenaban de sombras. El perfume de los cerezos envolvía la brisa nocturna. Los ojos de Lian Xia se hundieron en la plata de luz que hervía sobre las aguas. Polvo de luna. Aquel era su momento, alejada de los deberes de palacio, de su obstinada vida sin emociones. Solo una vez a la semana podía Lian Xia escaparse al puente del río Chi y descansar sus lamentos sobre las aguas. Se sentaba en la madera y con la mano alcanzaba el lento trotar de su afluente. Aquella noche, sin embargo, la vida de Lian Xia, con aquel efímero gesto, estaba a punto de cambiar.

La lengua fría de las aguas picoteaba sus dedos. Sintió el correr de su humedad hasta que algo terso se aferró a su mano, envolviéndola. Lo había visto llegar: una sombra ovalada corriente abajo, volando como un pájaro sobre las aguas. Pero ensegui-



da lo perdió de vista hasta aquel momento en que había quedado atrapado en sus manos. Lo alzó: la luz de la luna cayó sobre él y Lian Xia admiró su belleza. Rojo. Pinceladas negras atravesaban su piel: era una hoja de arce con palabras escritas en caligrafía china. Una hoja roja.

Lian Xia leyó los trazos sintiendo el gotear de la hoja entre las manos y el fluir de la poesía en los labios. Aquel escrito era un poema de amor. Tan hermosos eran los versos que la muchacha sintió que su pecho se abría a aquellas palabras y que no amaría a otro hombre que no fuera aquel que escribía tan dulces lamentos en una hoja roja.

Lamentos de amor: buscaba a la mujer de sus sueños. Y esa, se dijo Lian Xia, no puede ser otra sino yo.

Su vida se llenó de esperanza. En algún lugar, un hombre dibujaba su alma sobre una hoja roja, buscándola. Vivir en palacio no se le hizo tan pesado y, a pesar de su deber de andar con la cabeza inclinada, su alma volaba más allá de la noche.

Cuando Lian Xia regresó al puente a la semana siguiente, una extraña agitación le hormigueaba

el ánimo. ¿Y si no llegaban más hojas rojas? Dejó caer la mano temblorosa sobre las aguas y su tacto frío le erizó la piel. Tal vez había pasado una hora con la serpiente del agua entre las manos cuando vio la sombra descender y alcanzar de nuevo sus dedos. Allí estaba, otra hoja roja llena de los más dulces versos de amor. Los trazos sobre la cera semejaban mariposas negras, espadas, lienzos... y, unido a las palabras que describían, la explosión de su poesía crecía. Lian Xia se llevó la hoja roja al corazón y pasó la noche sentada al borde del puente escuchando el latir del río.

Así, cada vez que Lian Xia se acercaba al puente del río Chi, le llegaba un poema distinto escrito en una hoja roja. Aquellos poemas le dieron la dicha y la fuerza que su monótona vida le arrebatava cada día. Y con este secreto en su corazón pudo soportar el triste transcurrir dentro de palacio.

Pero una noche la hinchazón de su alma fue tal que Lian Xia decidió escapar en busca del poeta. Sentía miedo pensando que podía no encontrarse a un hombre joven y admirable escribiendo aquellas hojas, que tal vez aquel era un viaje hacia la

decepción. Sin embargo, necesitaba llegar hasta él y descubrir la mano que escribía tan hermosos sentimientos. Caminó río arriba, escuchando el crujir de las hojas bajo sus zapatos como un lamento de una cítara. Preguntó a cuantos hombres se encontraba en su camino, pero nadie había oído hablar de un poeta.

Cuando los hombres de palacio se dieron cuenta de la marcha de Lian Xia se formó un gran revuelo. Varios soldados salieron en busca de la joven con órdenes de apresarla. Debían construir una torre amarilla, con una única ventana ovalada, en el mismo lugar donde la encontraran y encerrarla allí.

Los soldados hallaron a la muchacha en el nacimiento del río y construyeron la torre y la encerraron. Lian Xia lloró su desgracia. Miraba el clarear de los días y el correr de las sombras sobre aquella ventana ovalada. A través de ella se colaban también los ruidos de la vida: el crujir de ramas, el murmullo del agua o el silbido enigmático de los pájaros.

Lian Xia apoyó como cada mañana su cuerpo en la ventana y respiró el aire ancho y limpio que

nacía de la boca misma del río. Dejó caer su coleta negra sobre los hombros y esta zigzagueó como una serpiente hasta alcanzar el alféizar de la ventana. Había llegado el otoño y las hojas volaban soñadoras para terminar su viaje en el suelo. Allá abajo, la tierra parecía cubierta por una alfombra de ocres, amarillos, rojos, marrones...

«Su ansia de volar las lleva al suelo», pensaba Lian Xia, sintiéndose reconocida en aquellas hojas.

Cuando regresó al interior de la torre, encontró una hoja amarilla enredada en su coleta, la tomó y la acarició durante mucho rato. ¡Le recordaba tanto a las hojas rojas que bajaban por el río Chi, llenas del alma de su poeta! Si al menos ella tuviera tinta y algo para escribir, podría también desahogar su alma sobre aquella hoja. Sus ojos llenos de lágrimas se posaron de nuevo en la ventana con el secreto deseo de ver más allá de la torre, el horizonte tal vez. O más lejos.

El vuelo repentino de un pájaro que se había posado en la ventana la devolvió a la realidad. En su huida, una pluma se le había soltado y volaba mansamente hacia el interior de la torre. Lian Xia





sonrió al ver la pluma tocar el suelo. La recogió y, con su propia sangre, escribió en la hoja amarilla, con aquella pluma, su desconsuelo. Allí quedaban, en esfumados caracteres, la tristeza de su corazón, el llanto por la pérdida de aquel que debiera ser su amante y el encierro en la torre a los pies del nacimiento del río Chi.

Lanzó la hoja amarilla por la ventana y vio su vuelo balanceante, llevada en remolinos por el viento y a ratos mecida por su mano de aire. La hoja amarilla aterrizó suavemente en las aguas del río Chi y comenzó su descenso, pero Lian Xia, desde la torre, ya no podía ver el correr de su alma en la hoja amarilla.

Si hubiese podido, habría visto cómo, al llegar a las cercanías del puente de madera, alcanzaba una hoja roja que bajaba con hechura de mariposa por su corriente. Ambas hojas quedaron unidas y siguieron su camino entre las aguas, con las almas confundidas como las de los amantes desconocidos e infortunados.

Las hojas abrazadas alcanzaron la ribera del río y el sol se llevó su agua. Las hojas se secaron. Pero



cada día, por la corriente del río, ocurría el mismo extraño suceso: una hoja amarilla garabateada se abrazaba a una hoja roja llena de signos y descendían por el curso del río, unidas.

Este hecho llamó la atención de un viejo molinero que tenía su molino a orillas del río Chi. Decidió una tarde recoger las hojas y leer qué decían las pinturas que contenían: rojas en la hoja amarilla, negras en la hoja roja. Cuando leyó sus palabras, el hombre se enterneció de tal modo que su alma de anciano no pudo sino escapar mojada por los ojos. Lloró tanto que se sintió revivir y decidió salir en busca de aquellos capaces de conmover almas.

Así, el hombre fue subiendo por la orilla del río Chi, deteniéndose para ver las hojas enlazadas recorrer las aguas, y preguntando aquí y allá. Pero era tan mayor y sus huesos estaban tan cansados que las fuerzas le abandonaban día a día. Cuando creyó que la muerte estaba a punto de rozarle con sus fríos huesos, el anciano vio una bocanada blanca ascender y desaparecer detrás de unos matorrales. Penosamente alcanzó el lugar del que provenía el humo y vio tras la maleza

a un joven lánguido, con la tez pálida y el pelo de tinta negra, agazapado en la orilla. El humo blanco que subía y se perdía en la fría mañana era el vaho de su respiración. El joven dejó su tarea y miró interrogante al anciano que contemplaba emocionado la hoja roja llena de trazos negros que él tenía entre las manos.

—¡Oh, al fin te encontré! —susurró el anciano—. Tengo las hojas que llegan abrazadas río abajo. Las hojas...

Pero el hombre no pudo terminar y cayó muerto a los pies del joven. De su mano resbalaron las hojas amarillas y rojas que había ido recogiendo de las aguas. El joven miró aquella mano, recorrida por venas azules y abultadas, inmóvil, rígida ahora. A su lado, las hojas comenzaban a moverse arrastradas por el viento, con un crujido triste y reseco. Reconoció en las hojas rojas sus propias marcas y observó que las hojas amarillas también mostraban una caligrafía roja como si hubiesen sido escritas con sangre. Las recogió con mucha delicadeza y leyó sus versos. El corazón del joven Wang, que así se llamaba, golpeó con fuerza su sangre.